

---

**Laurence Breysse-Chanet**

 Raphaël Estève (dir.), *Clartés de María Zambrano*, Pessac, Presses Universitaires de Bordeaux, 2013
 

---

1. María Zambrano, *Cartas inéditas (a Gregorio del Campo)*, ed. de María Fernanda Santiago Bolaños, Linteo, Ourense, 2012, pág. 55.

2. «Fiel a este elemento informe, que la mantiene en sí, como la mariposa contiene virtualmente la crisálida.» La traducción es mía.

Celebramos la iniciativa de Raphaël Estève, catedrático de literatura y filosofía española e hispanoamericana de la Universidad Michel de Montaigne-Bordeaux 3, pues gracias a él se publicó en Francia el primer libro enteramente dedicado a la obra de María Zambrano. En nuestro país, donde surgió en 1946 el proyecto de *Antígona*, durante el exilio de María Zambrano en París, ya se conocen *Les Antigones contemporaines (de 1945 à nos jours)*, una serie de estudios reunidos y presentados por Rose Duroux y Stéphanie Urdician (quien participa en *Clartés de María Zambrano*, con una nueva reflexión sobre *La tumba de Antígona*). Publicado en las Presses Universitaires Blaise Pascal de Clermont-Ferrand, en 2010, el libro recoge ya dos artículos pioneros dedicados a la inaudita *Antígona* de María Zambrano, de Marifé Santiago Bolaños y Annick Allaigre. En Francia existen —de modo desgraciadamente algo secreto— unas diez traducciones de María Zambrano, por Marie Laffranque, Maria Poumier, Jacques Ancet, Nelly Lhermillier, Jean-Marc Sourdillon y Jean-Maurice Teurlay, en varias editoriales, en particular L'Éclat, José Corti y Des Femmes.

El título de este libro de Burdeos, desde la irradiación de *claridades* plurales, promete la diversidad que otorga la liberalidad de la escritura zambraniana, en constante huida de toda cerrazón y obstinado rechazo de fronteras, que la llevó a inventar una escritura dúctil, acuática y misteriosamente resistente, escritura que sale, como lo dice en sus cartas tempranas a Gregorio del Campo, «de lo hondo de la persona».<sup>1</sup>

En esta recopilación de ensayos de universitarios hispanistas y filósofos franceses, españoles y mexicanos, la luz zambraniana vive un proceso de difracción en las cuatro partes y diecisiete entregas del volumen.

La primera parte, «Formes et principes», la componen cinco textos. Destaco el de Ricardo Tejada, «De la forme-essai à l'essai comme songe chez Zambrano» (págs. 33-49), donde, de entrada, se propone una lectura en honda afinidad con el proceso mismo del ensayo como sueño, para interrogar la permeabilidad de las categorías, en un preciso recorrido cronológico entre 1950 y 1965, período bisagra en torno a la primavera de 1953, con la vuelta de María Zambrano a Europa y su alejamiento del magisterio de Ortega y Gasset. El crítico explora la relación entre *El hombre y lo divino*, *Persona y democracia* y *La España de Galdós*, junto con *Delirio y destino*, escritos, todos ellos, de alcance metafísico a partir de las meditaciones sobre la historia, lo sagrado, los sueños y la piedad. Se ofrece un análisis agudo de la dinámica del tejer zambraniano, que lleva de la forma a la búsqueda de una fluidez atemporal, y permite desembocar en una forma *otra*, «fidèle à cet élément informe, qui la garde en elle, comme le papillon garde virtuellement la chrysalide».<sup>2</sup> El oído crítico de Ricardo Tejada sabe reunir «oración» con «oración gramatical», ofreciendo una clave esencial al lector: leer a María Zambrano es entregarse a una escritura secretamente móvil, que lo envuelve y lo devuelve al enigma, desde el requisito de una *escucha musical*. A este texto le siguen las reflexiones de Rogelio Estève y Gabriel Astey, afanadas en ofrecer un discurso cuya pretensión crítica desde el lenguaje de la filosofía no siempre convence al lector. María Zambrano quizá no permite tal escucha, algo sorda precisa-

# AUROLA

15

Papeles del «Seminario María Zambrano»  
Noviembre - diciembre 2014

*María Zambrano y otras filosofías del exilio II*



mente a su propia voz, tan inasible como híbrida siempre, como lo demuestra con pertinencia Camille Lacau St. Guily a continuación (págs. 87-110).

Hay que destacar, en cambio, el texto que cierra esta primera parte, «Zambrano et Ortega. Un dialogue (en creux) sur l'engagement et le silence en temps d'exil», de Ève Fourmont Giustiniani, un excelente estudio sobre el complejo nexo entre el sentido del silencio orteguiano y la entrega de María Zambrano a su propia *vocación*, desde su *desprendimiento*, tras el autoexilio de Ortega —en busca del sentido de la continuidad de un diálogo por encima de las distancias y los silencios (polémico el silencio de Ortega, por cierto)—, y sobre la lealtad zambranianiana, pues ella no renunció nunca a mencionar a Ortega, interpretando el silencio de Ortega a partir de su generoso sentido de la reconciliación.

Tras esta parte inicial, encontramos seis textos reunidos bajo el título general de «Géneros y lenguajes», que conducen a una serie de reflexiones sobre quien vivió del mismo modo como escribió, en «un equilibrio entre el anhelo obscuro y la imagen que se vislumbra solamente», como subraya Juan Carlos Baeza Soto al analizar el alcance de *La agonía de Europa* (págs. 147-167). Con todo, ante esta segunda parte, el lector quizá podría actualizar lo que dice la Harpía en *La tumba de Antígona* (obra a la que se dedicará la tercera parte, con otros seis textos críticos): «Vete, que la verdad, la verdad de verdad viva, tú no la sabrás nunca».

De hecho, sorprende el registro del artículo de Serge Champeau, centrado en un estudio de la relación entre poesía y filosofía en la obra de María Zambrano. En primer lugar, por la perspectiva en la que se sitúa, acentuando el desengaño, la insatisfacción y la exasperación que experimenta el filósofo, a su juicio, al leer a la autora, si bien encontramos, en ocasiones, algún toque de admiración. Por otra parte, la reflexión zambranianiana, en opinión de este autor, arraigaría en postulados que descubren en la teoría del arte un «nacionalismo hondo», en el sentido más negativo de la palabra —con anotaciones que sacan citas de su contexto hasta lograr indignar al lector, como puede comprobarse, por ejemplo, leyendo las observaciones (pág. 172) sobre el nietzscheanismo «venido a menos» de la autora, o, tres páginas después, sobre su irracionalismo iluso—. ¿Dónde quedará el recuerdo de la intensa *revelación* que fue el exilio para María Zambrano? A no ser que estas críticas demoledoras sean una estrategia para resaltar, por contraste, el análisis, lleno de condescendencia, de las páginas zambranianas sobre Nina en *Misericordia* (págs. 179-182) —algo en lo que no podemos sino coincidir—. Ante el tono altivo de algunas afirmaciones (véase, en la página 184, cuando se aconseja a la autora un esfuerzo teórico de mayor alcance), el lector tiene la impresión de encontrarse frente al contrasentido de una lectura que no se interroga sobre el fundamento del pensamiento de una filósofa cuya meditación nace de una escritura-voz, más allá de los géneros, y exige, por tanto, un lector sin prejuicios, libre de postulados de escuelas y formaciones preadquiridas: un exilio del saber, para ir *hacia un saber sobre el alma*, con todos sus riesgos.

Quisiera hacer hincapié, sin embargo, en el interés de la intervención de Karim Benmiloud, que cierra este conjunto de trabajos, de alcance desigual, con una aportación apasionante: el comentario, con extensas citas que le agradecemos, de las diecinueve cartas de María Zambrano al escritor

mexicano Sergio Pitol (págs. 223-259), testimonios de amistad profunda, desgarrada por la desesperación, la resistencia frente al *estruendo mudo* —solo se me ocurre pensar en aquella palabra vallejana para expresar una respetuosa admiración y compasión hacia quien afirma con humildad que «la verdad es que nos hemos sentido morir con frecuencia» (pág. 229) y sobrevivió, o, mejor dicho, vivió, desde la fuerza de la escritura y del sentido hondo de lo humano, por «esta vida de niños perdidos y hallados en el bosque por un tiempo» (pág. 230), un tiempo que duró casi una vida, con sus claros.

En la última parte, dedicada a *La tumba de Antígona*, destacaría las cuatro primeras intervenciones, por su claridad expositiva y el alcance de sus reflexiones, para quien se interese detenidamente por esta obra —como lo hacen los estudiantes opositores a la «agrégation interne» en Francia, puesto que *La tumba* forma parte del programa durante estos dos últimos años, en la versión de la editorial Cátedra, edición al cuidado de la especialista zambraniana, ya conocida en Francia, Virginia Trueba Mira —elección difícil, llena de ambición y valor, que celebramos y a la que por supuesto nos adherimos.

Dominique Breton abre este abanico final de estudios con un excelente análisis de «las voces de la Antígona zambraniana» (págs. 245-259), dirigiendo al lector a su tarea interpretativa frente a los inextricables conflictos de la vida de las entrañas —pues ¿no se tratará de eso?—, como hace la misma María-traductora en el prólogo a su *Antígona*. Hipótesis inteligente, por cierto, para reflexionar sobre la relación entre el prólogo y las doce secuencias que le siguen. A continuación, Annick Allaigre ahonda con agudeza en la escritura misma, como ya lo hizo en 2004, y para ello se detiene en la exploración del incipit de la obra, tanto en el uso de la expresión «en verdad» como en los guiones o el papel de la «dormición» (págs. 268-274). Adeline Chainais añade a estas contribuciones una aportación esencial, indagando en las «modalidades del diálogo» en la obra, o sea, en su alcance dramático, como género, para concluir de modo convincente con la idea de pertenencia de *La tumba* a las obras que renovaron hondamente la escritura dramática europea: las que proponen una toma de conciencia antes que una *catarsis* (págs. 277-293).

Quedamos a la espera de nuevos adentramientos por parte de la investigación francesa en un pensamiento eficaz, cuya palabra es manifestación musical, luz fundida con la sombra —hacia la aurora siempre.